

evangélica para el culto divino y salvacion de las almas, y no motivos de ambicion ó avaricia ó por vivir en la ociosidad y en el regalo; al entrar por la puerta del Santuario le ha ceñido con el cingulo angelical de la castidad; para que la guardara inviolablemente le ha dicho que él ya no es del mundo, que su morada debe ser en el palacio del Rey de la gloria léjos de los tabernáculos de los pecadores, y que su ocupacion continua ha de ser la oracion, el estudio, la predicacion, la administracion de sacramentos, el retiro, la mortificacion y la vigilancia; le ha puesto el Evangelio en sus manos para que entienda que su penoso ministerio es una consagracion absoluta al desempeño de los deberes que él impone, y á su publicacion y propagacion: y así es como ha conseguido la Iglesia que sus ministros se conservasen puros, castos, humildes, inocentes, útiles á ella y á la sociedad.

Pero nuestro adversario desoyendo estas lecciones y fingiendo no ver en esa conducta de la Iglesia una sabiduría celestial, ha escrito, como hemos dicho, que el celibato está lleno de inconvenientes, que es un elemento que contribuye á corromper el corazon humano y del cual se sigue una inundacion de desórdenes de todo género. Y ¿no es esto denigrar los procederes de la Esposa del Cordero y del Espíritu Santo que la gobierna? Sí: es esto una blasfemia impía y heretical proferida contra Jesucristo, autor del Evangelio y divinas Escrituras, pues que se le arguye de imprudente que da unos consejos llenos de inconvenientes é inobservables; y como propagador de unas máximas que contribuyen á corromper el corazon humano y de las cuales deriva una inundacion de desórdenes de todo género á la sociedad. Si el Sr. Vigil con ánimo imparcial hubiese examinado las fuentes legítimas de los desórdenes que á veces inundan la tierra, las hubiera hallado no en la inocencia del celibato sino en otros elementos viciosos. «Es un absurdo, dice el sabio Bergier, atribuir el mal á una causa inocente, cuando hay otras que son odiosas y que deberian estirparse. En las grandes poblaciones se encuentran célibes voluptuosos

y libertinos en mucho mayor número que sacerdotes y religiosos. ¿Debe perdonarse el vicio para desterrar la virtud? En las aldeas la falta de recursos retrae de casarse á los individuos de uno y otro sexo; y de esto ¿tiene tambien la culpa el celibato del clero? El lujo que arruina los matrimonios; la corrupcion de costumbres que trae á ellos la amargura é ignominia; el fausto, la ociosidad, las pretensiones de las mujeres, las preocupaciones del nacimiento que trabajan en evitar la desigualdad en los enlaces, la multitud de domésticos y artesanos, cuya subsistencia es incierta; el libertinaje de los hijos, que hace temer hasta el nombre de padre; la irreligion, el indiferentismo, la impiedad filosófica y el egoismo que no sufren ningun yugo, etc., he aquí los desórdenes que en todos tiempos han inundado y despoblado el universo, contra los cuales es preciso obrar con rigor antes que se ponga la mano en lo que la religion tiene sabiamente establecido (62).»

Ese triste estado de luchas continuas, de crudas contiendas, de derrotas repetidas en que nuestro antagonista presenta colocado al profesor del celibato, y esa gran dificultad de poderlo observar estándole vedado un recurso legítimo y moral en semejante conflicto, sin hacerse mencion del auxilio de la divina gracia; todo esto, decimos, parece derivar de los principios jansenistas, que enseñan que algunos preceptos de Dios (entre los cuales se numera el cumplimiento de las obligaciones del propio estado) son imposibles de observarse por los hombres justos que lo quieren y se esfuerzan en su cumplimiento, atendidas sus fuerzas actuales; y á quienes además falta la gracia que les haga posible su observancia; doctrina que la Iglesia ha anatematizado como temeraria, impía, blasfema y herética (63). Tambien el concilio Tridentino lanza el anatema contra los que dijeren que los clérigos ordenados de orden sagrado y los regulares profesos pueden contraer matrimonio si conocen que no tienen el don de castidad: «pues es constante, dicen aquellos santos padres, que Dios no lo rehusa á los que debidamente le piden este don, *ni tampoco permite que seamos*

*tentados mas que lo que podemos (64).* » Son puros espantajos esas exageraciones de la dificultad de conservarse célibe y de las violencias que se han de hacer los que profesan esa vida. ¡ Cuantos ejércitos de jóvenes célibes! ¡ Cuantos numerosísimos coros de vírgenes puras ha contado en toda época el cristianismo! S. Justino mártir decia en el segundo siglo, que él conocia un gran número de cristianos de uno y otro sexo y de todo estado y condicion que habian perseverado en la castidad y pureza del celibato hasta los sesenta y setenta años. Cosa semejante dice S. Agustin, el cual añade, como ya indicamos, que muchos que fueron obligados por fuerza á abrazar el estado clerical, llevaron sin embargo una vida castísima asistidos de la gracia de Dios (65). En la actualidad no es menor el número de célibes y de vírgenes que profesan inviolablemente la castidad. Si la guardaron intacta en el mismo estado de matrimonio, ayudados del auxilio divino, el rey Alfonso II y su esposa Berta, el emperador S. Enrique y la emperatriz Cunegunda, S. Eduardo rey de Inglaterra y la reina Egida, el casto rey de Polonia Boleslao V y su esposa y otros muchísimos, ¿ cómo no la podrán guardar los clérigos y religiosos á quienes el Señor llama á este estado y á cuyo efecto les da copiosos auxilios? ¡ Ah! Estas gracias celestiales, los consuelos que el Señor derrama sobre el corazon, la esperanza de los premios futuros, el amor al Dios de las virtudes, el desembarazo de los cuidados de la familia y otras tantas ventajas hacen que la vida célibe sea angelical y apetecible. Reíos de esos declamadores cuando los oís ponderar el estado de violencia y de martirio en que vive un clérigo, un religioso, una monja: estos no trocarian su estado por el del casado mas feliz, como se ha visto en las tentativas que de ello ha hecho en los últimos siglos la filosofía irreligiosa. La propia esperiencia en el ejercicio del ministerio apostólico me ha hecho palpar que los eclesiásticos, religiosos y monjas que abrazaron la vida célibe inspirados de Dios se han visto menos molestados de tentaciones sensuales, y tuvieron que sostener menores luchas contra las

inclinaciones naturales, que los mismos seculares casados. El eclesiástico virtuoso, amante de su perfeccion, que huye de los peligros mundanos, que no tiene para su servicio otras mujeres que las que permiten los sagrados cánones y que pasa su vida en el retiro, en la oracion, en la mortificacion, en el ministerio de salvar las almas y en el desempeño de los demás deberes sacerdotales, este es mas puro, continente y casto que un casado virtuoso. El que se fastidia de su vocacion, apetece respirar el aire mundanal, no evita el trato de objetos seductores y se convierte en un seglar, este no será casto ni continente, ni lo seria aunque se casase.

Pero dicen nuestros adversarios:—¿ Qué hareis de ese desgraciado que ha errado su vocacion? ¿ le condenareis á una vida de privaciones, de sacrificios y de violencias consigo mismo? ¿ pretendereis que ahogue en su corazon las inclinaciones humanas, que deje de ser hombre? *Él lidiará consigo mismo, pero despues de repetidas batallas y vencimientos, quedará roto el dique y seguirá una inundacion de desórdenes.* ¿ No seria pues mejor, que en semejante conflicto se le franqueára un recurso legitimo y moral, cual es el matrimonio?

Preciso es contestar á esta réplica y disipar la ilusion que pueda causar á ciertos entendimientos menos despejados. Las leyes se hacen para el bien comun, prescindiendo de casos particulares; y por estos no se debe destruir ni perturbar el orden y la economía universal. Si hubiesen de derogarse las leyes porque se quebrantan, no quedaria ninguna, y vendríamos á parar en la anarquía; porque ¿ cuál es la ley á la que no se contravenga? Se debe pues velar por la observancia de las leyes castigando á los infraectores, y no abolirlas. Tampoco conviene hacer particulares escepciones de ellas, porque siendo frecuentes es lo mismo que minar su existencia. En el caso que nos ocupa, los motivos y causas que se pudieran alegar para la dispensa, son comunes á casi todos los eclesiásticos, porque todos, quien mas quien menos, sienten los insultos de una naturaleza corrompida; y entonces desaparecería la ley del ce-

libato, cuyas utilidades y necesidad son tan imperiosas. Dijimos además, que no el matrimonio, sino la reforma del corazón es el medio eficaz y absoluto para contener al eclesiástico en la línea del deber. La gracia de Dios, que no se niega á quien la pide, es un calmante mas poderoso de la pasión procaz, que no el que ofrece el matrimonio. Ese es pues el remedio que se concede al eclesiástico célibe, que gime en el mal de su arrepentimiento, y á quien se le hace duro y amargo el estado abrazado. La religion fecunda en recursos y en consuelos será para él el escudo contra los asaltos de los enemigos, el lenitivo de sus males y la delicia en sus infortunios.

Y si no ¿qué consejo dareis á un marido que tenga una mujer mal sana ó impotente, ó que se canse del objeto poseído por haberle caído ya en fastidio á causa de su mal genio, ó de ver marchitada y ajada su antigua hermosura? ¿que pase á segundas nupcias? Imposible, porque la naturaleza y la religion se lo vedan. ¿Qué camino indicareis al jugador que ha perdido su fortuna, al mercader que ha hecho bancarota, al interesado cuyo buque ha padecido naufragio, al pobre enfermo habitual, al mutilado, etc., cuyo estado es irremediable? ¿que se abandonen á la desesperacion, al robo, á una vida criminal? Desalino. La línea de conducta que llevariais seria darles motivos de conformidad á las disposiciones de la Providencia, hacer virtud de la necesidad, como suele decirse: le remitiriais en fin al asilo de la religion, manantial de consuelos para semejantes infortunios. Pues este es el recurso que queda al eclesiástico, al religioso que haya errado su vocacion; tanto mas, cuanto que haciéndolo así, puede cambiar de fortuna; pues que á los eclesiásticos particularmente se dirigen estas palabras de S. Pedro: «Hermanos míos, trabajad con mucha solicitud para hacer cierta y verdadera vuestra vocacion y eleccion por medio de buenas obras: porque haciendo esto, no pecareis jamás, y se os dará entrada en el reino eterno de nuestro Señor Jesucristo (66).»

La Iglesia á ninguno obliga á entrar en los sagrados órdenes

y en el estado regular; al contrario, exige pruebas y toma todas las precauciones posibles para asegurarse de la vocacion y de la virtud de los que aspiran al estado eclesiástico: los que se ordenan, lo hacen por eleccion y de su espontánea voluntad, despues de haber meditado los deberes que contraen y el peso que se imponen; y esto en una edad en que todo hombre conoce ya su temperamento y sus fuerzas, mucho despues que se conoció hábil para contraer matrimonio. Si hay falsas vocaciones provienen de la codicia y de la ambicion de los seculares, de los padres, parientes y de los mismos pretendientes, y no de la disciplina de la Iglesia. ¿A quién es penosa la continencia? A los que no fueron siempre castos, y á aquel á quien alcanza la corrupcion de la moral pública. Córtese la causa, y la virtud volverá á entrar en posesion de sus derechos. Cuando suceden escándalos, no provienen ni se observan en los obremos evangélicos consumidos y abrumados con el peso de las obligaciones eclesiásticas, sino en intrusos que, á pesar de la Iglesia y suyo, tal vez, entran en ella sin vocacion alguna y solo por el interés y la ambicion de sus familias (67). ¿Hay mal contentos y arrepentidos? En todo estado y profesion los hay mas que en el eclesiástico, porque la volubilidad es característica del hombre. Para sanar esta dolencia y hacer al hombre constante y los estados y las cosas duraderas, la religion y los hombres han establecido los votos, los juramentos y los contratos, á los que si se faltara, pereceria la misma sociedad.

*La contradiccion entre la doctrina y el ejemplo, y el descrédito del sagrado ministerio*, son otros dos inconvenientes que el Sr. Vigil encuentra en el celibato. Hemos ya notado que los discursos de este señor son paradójicos. El celibato, como virtud angélica, no puede ser de embarazo ni descrédito al sagrado ministerio de la predicacion. Jamás ésta ha producido frutos mas ópimos que cuando los pueblos han mirado en el predicador un ángel en la pureza. La historia eclesiástica nos hace saber, que jamás la moral y las virtudes de los eclesiásticos y de los pueblos han florecido mas, que cuando se ha

observado exactamente la ley del celibato. Ha bastado muchas veces la sola presencia de un eclesiástico rígido observador de la castidad para contener y aun convertir á los disolutos. La modestia de los ojos, la pureza de las palabras, la gravedad y circunspeccion en las acciones y la severidad de sus costumbres han sido un reproche saludable al jóven voluptuoso, al casado incontinente y á la mujer liviana, que los llamára al deber. Los racionios pues del Sr. Vigil no versan acerca del celibato, sino contra sus violadores y enemigos. Ciertamente que es una irregularidad y una monstruosidad predicar una doctrina y obrar en oposicion á ella. Así, ¿cómo persuadirá á los fieles la obediencia á sus padres, á sus prelados y á los jefes del estado un sacerdote insubordinado y refractario á los mandatos, leyes y amonestaciones de su obispo y del soberano pontífice? ¿Cómo exhortará un párroco á sus feligreses á que sean castos; cómo esplicará el sexto precepto del decálogo; cómo inspirará al penitente en el confesonario aborrecimiento á un vicio que en él está personificado? ¿Cómo declamará contra los monstruosos vicios de la soberbia y ambicion, si él está dominado de ellos?

Pero estos vicios no son efectos del celibato, cuya ley tiende á destruirlos: son achaques de la condicion humana, que es la misma en el soltero que en el casado; son productos de la corrupcion de costumbres, que puede malear el corazon del uno no menos que el del otro. Nosotros vamos á hacer ver que estos grandes inconvenientes se hallarian con mas frecuencia siendo los clérigos casados. El célibe debe responder únicamente de su conducta: el eclesiástico casado tendria además que salir garante de la de su mujer é hijos: los vicios de estos reflejarian sobre el padre con grande descrédito de su carácter y ministerio. ¿No hay mas probabilidad que una persona sola se vea libre del contagio del vicio que no todas las de una numerosa familia? Las mujeres son amantes de la vanidad, del lujo, de los bailes, etc.; el amor del marido á su esposa, del padre á sus hijos los obliga á veces á ser condescendientes con

ellos en cosas que agravan profundamente la conciencia. ¿Con qué valor predicaria contra el adulterio, el robo, la embriaguez y contra esos vicios mencionados el clérigo casado, si su mujer, hijos ó hijas adoleciesen de ellos? El ejemplo lo tenemos en el clero protestante, que por este motivo ha caido en el envilecimiento, su predicacion se ha hecho infructuosa, y se ha secularizado el sacerdocio. Ellos, dice un célebre autor, son hombres de mundo y enteramente profanos: dan bailes y festines por complacer á la esposa, por divertir á los hijos, y en todo lo demás llevan una vida como los legos. No les falta tiempo para sus negocios temporales, pues que son poquísimas sus ocupaciones eclesiásticas. ¿A qué se reducen sus funciones? No rezan el oficio divino, no van al coro, no dicen misa, no confiesan, no llevan el viático y el óleo santo á los enfermos: todo su ministerio está reducido á predicar algunas veces, presidir en la congregacion de los fieles para rezar algunas oraciones y asistir en ciertos dias del año á la cena (68).

Nadie ha hecho una pintura mas exacta de la degradacion del clero protestante, que sus mismos escritores. El Dr. King, eclesiástico inglés, dice sobre el particular: «Nada ha perjudicado mas á la iglesia de Inglaterra, que la avaricia y la ambicion de nuestros obispos. Chaudler, Willis, Potter, Gibson, Sherlock han muerto escandalosamente ricos: algunos han dejado mas de cien mil guineas... Ellos podian ser grandes teólogos; pero el título de buenos cristianos no les pertenecía de modo alguno. El oro que acumularon para enriquecer á sus familias, se le debia á Dios, á la Iglesia y á los pobres... No fué poca desgracia para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio, cuando la reforma nos separó del papismo; porque ha sucedido precisamente lo que debia necesariamente suceder, y lo que se debería haber previsto. Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mujeres y en sus hijos. Los miembros del alto clero sostuvieron fácilmente á unos y á otras con sus grandes rentas; pero los eclesiásticos de

segundo orden, que no podian establecer á sus hijos con sus cortas retribuciones, inundaron luego á luego todos los ángulos del reino de familias de pordioseros. No quiero examinar, si la continencia es una virtud necesaria en quien sirve al altar (por lo menos le daria mas dignidad y estimacion); pero lo que no puedo menos de observar es, que nuestro gobierno ninguna diferencia hace entre la mujer de un obispo y su criada; pues que la primera ni tiene lugar ni preferencia alguna en el público: no goza de modo alguno de la clase ni de la dignidad de su esposo, mientras que un simple caballero, cuya dignidad es tambien puramente vitalicia como la del obispo, da no obstante á su mujer su misma clase y título.

» En mi cualidad de simple miembro de la república de las letras, he deseado muchas veces que se restablesiesen los cánones que prohiben el matrimonio á los eclesiásticos. Al celibato de los obispos debemos casi todas estas magnificas fundaciones que honran nuestras dos universidades; mas desde la época de la reforma, estos dos grandes emporios de la ciencia cuentan muy pocos bienhechores en el orden episcopal. Si las ricas dádivas de Laud y de Sheldon tienen derecho á nuestra eterna gratitud, es menester tambien acordarnos que estos dos preladados fueron célibes. Desde el principio de este siglo no hallo entre nuestros muy reverendos un solo protector de las ciencias ni de los sabios; bien que nadie deberá admirarse de esto, si piensa en el *espritu* que anima á todos estos preladados de *fundacion real*; que ciertamente no es el Espíritu Santo, por mas que en su consagracion ellos se den testimonio á sí mismos de que son llamados al episcopado por aquel Espíritu divino.» ¿Puede darse mas acrimonia ni mas desprecio? dice el sabio conde de Maistre, que trae este pasaje; pero lo particularmente notable es, que este acérrimo crítico, no obstante haber vivido siempre en país protestante, no encuentra otra causa sino el matrimonio de los eclesiásticos para el envejecimiento del orden entero, y de todos los males que de él resultan (69).

El inconveniente capital que nuestros adversarios ven en el celibato es el inspirar aversion al matrimonio, que conserva la sociedad y sirve para dar buena educacion á los hijos, y que disminuyéndose por la multitud de célibes, se siguen de ello desventajas considerables á la sociedad.—Afortunadamente las observaciones de los mas distinguidos economistas han venido á disipar este error proclamado por los herejes de los primeros siglos, reproducido por el protestantismo y últimamente por la filosofía incrédula de los siglos posteriores. «Los hechos han demostrado de una manera convincente dos verdades á cual mas importantes para vindicar las doctrinas y las instituciones católicas: 1.<sup>a</sup> Que la felicidad de los pueblos no está en proporcion necesaria con el aumento de su poblacion. 2.<sup>a</sup> Que tanto ese aumento como la disminucion dependen del concurso de tantas otras causas, que el celibato eclesiástico, si es que en algo figure entre ellas, debe considerarse como de una influencia insignificante.»

«Una religion mentida, dice el docto Balmes, y una filosofia bastarda y egoista se empeñaron en equiparar los secretos de la multiplicacion humana con la de los otros vivientes. Prescindieron de todas las relaciones religiosas, no vieron en la humanidad mas que un vasto plantel, en que no convenia dejar nada estéril. Así se allanó el camino para considerar tambien al individuo como una máquina de que debian sacarse todos los productos posibles; para nada se pensó en la caridad; en la sublime enseñanza de la religion sobre la dignidad y los destinos del hombre; y así la industria se ha hecho cruel, y la organizacion del trabajo planteada sobre bases puramente materiales, aumenta el bienestar de los ricos, pero amenaza terriblemente su porvenir.»

» ¡Hondos designios de la Providencia! la nación que ha llevado mas allá esos principios funestos, encuéntrase en la actualidad agobiada de hombres y de productos. Espantosa miseria devora sus clases mas numerosas, y toda la habilidad de los hombres que la dirigen no serán parte á desviarla de los



escollos á que se encamina , impelida por la fuerza de los elementos á que se entregó sin reserva. Los distinguidos profesores de la universidad de Oxford, que al parecer van conociendo los vicios radicales del protestantismo, encontrarian aquí abundante objeto de meditacion para investigar hasta qué punto contribuyeron los pretendidos reformadores del siglo xvi, á preparar la situacion critica en que á pesar de sus inmensos adelantos se encuentra la Inglaterra (70).» Al lado de la Inglaterra puede colocarse la China. En aquel imperio, á pesar de contarse un millon de sacerdotes célibes, segun dice Filangieri, la excesiva poblacion obliga á sus habitantes á cometer las mas horribles barbaridades y despoja á los padres de los sentimientos naturales para con sus hijos, que son entregados cruelmente por ellos á la muerte cuando el número es demasiado crecido (71). Uno de los juiciosos documentos que Aristóteles daba á los legisladores era, que para el bien de la sociedad la multitud de los habitantes no fuese excesiva, porque no hace su felicidad la muchedumbre de los ciudadanos, sino que los que hay sean buenos, virtuosos y honestos.

El célebre M. Malthus en su profunda é inapreciable obra *sobre el principio de la poblacion* asienta y prueba completa y claramente esta gran ley temporal de la Providencia, «que no solamente no han nacido todos los hombres para casarse y reproducirse, sino que en todo estado bien ordenado es preciso que haya una ley, un principio, una fuerza cualquiera que se oponga á la multiplicacion indefinida de los matrimonios.» Despues que la brillante pluma del conde de Maistre ha citado este documento y ha reproducido el homenaje que á esta máxima dan los revisores de Edimburgo, á saber, que—la historia antigua y la moderna presentan innumerables ejemplos de la miseria producida por el olvido de esta prudente abstinencia (*con relacion al matrimonio*), y no presentan uno solo de que haya producido ningun inconveniente al estado por su demasiada influencia,—prosigue: «Ahora bien, el número de los matrimonios no puede restringirse en un estado sino de tres ma-

neras: por el vicio, por la violencia, ó por la moral. Los dos primeros medios no debiendo ofrecerse siquiera á la mente del legislador, queda solo el tercero, es decir, ser preciso—que haya en el estado un principio moral que se dirija constantemente á restringir el número de los matrimonios.—Mas esta *restriccion moral*, como la llamaba muy bien M. Malthus, no puede ser, como él mismo lo confiesa, sino muy dificilmente establecida.... Solo la Iglesia ha resuelto, por medio de la ley del celibato eclesiástico, el problema con toda la perfeccion que cabe en las cosas humanas; pues que la *restriccion católica* no solamente es *moral*, sino *divina*, y la Iglesia la apoya en motivos tan sublimes, en medios tan eficaces y sobre amenazas tan terribles, que no es posible al entendimiento del hombre imaginar cosa alguna igual, ni aun que se le parezca (72).»

Pero aun así y todo: ¿quereis que las naciones se vayan poblando? Procurad y facilitad los medios de subsistencia. Los hombres no crecen donde no hay manera de satisfacer sus necesidades vitales. La miseria retrae á muchísimos de contraer matrimonio: si toman esposa en tal estado, es un enlace de calamidades, y los pocos hijos que de él nacen, parecen destinados á perecer en el lecho de la miseria á causa de los malos y escasos alimentos, por cuyo motivo raras veces llegan á la edad varonil. La miseria agosta y esteriliza el germen de la reproduccion. Promoved la industria, dad que trabajar á tantos brazos muertos que hay en los estados, proporcionad á tantas familias famélicas medios de procurarse el necesario sustento, y vereis multiplicarse los matrimonios y por ellos la poblacion, mientras no os olvidéis de lanzar de ella la inmoralidad, que es la peste que diezma los pueblos, introduciendo en ella las buenas costumbres.

Indecible es la ruina y mortandad que la pública incontinencia causa á la poblacion. Donde hay corrupcion se aborrece el matrimonio, los divorcios son frecuentes, se va saltando de pradera en pradera buscando la flor hermosa para ajarla y abandonarla sin esperanza de fruto, y se engendra un cáncer devorador que

acaba con la humanidad. El Sr. Bellexard en una disertacion presentada á la Academia de Harlem sostuvo que en las metrópolis populosas el libertinaje venéreo hace perecer mas gente que no destruiria una peste asoladora que en cada quince años se llevase la vigésima parte de sus ciudadanos. Bajo el reinado de Augusto los romanos no huian del lazo matrimonial sino para correr á sus anchuras por el campo de la licencia. ¿Qué sucedió? La corrupcion general minaba la existencia del imperio que estuvo á pique de perecer. En vano los legisladores emitian las leyes Julia y Papia Poppea (nombre que se le dió tomado del apellido de los cónsules legisladores), por las que se obligaba á todos los jóvenes á casarse en edad bien temprana, imponiéndose penas á los que quedasen célibes. «Esto no fué mas, dice *El amigo de los hombres*, que estercolar y regar el campo sin sembrarlo, y sin esperanza de cosechar.» Esas leyes, monumentos de la depravacion mas que de la sabiduría romana, no produjeron ningun buen efecto; porque cuando el corazon está corrompido y las pasiones desenfrenadas, no se quieren lazos que aten, sino campo para correr. Para curar el mal es preciso conocer su origen, y á él aplicar el remedio. Refórmense las costumbres, haya mas religion y temor de Dios, y entonces los matrimonios serán mas frecuentes y las familias mas numerosas.

Pero esta es obra del ministerio sacerdotal, cuyos individuos, hechos ejemplares de la continencia por la ley del celibato y desembarazados de los negocios terrenos y de las obligaciones de la familia, consagran sus personas, todo su tiempo, salud y vida á esa tarea de tanta fecundidad para la sociedad. A nadie, á no ser al Sr. Vigil, disgustará oír otro rasgo; sobre el particular, del elocuente conde de Maistre. «No existe ningun verdadero sacerdote, dice, cuya prudente y poderosa influencia no haya proporcionado acaso cien hijos al estado; porque la accion que sobre este punto ejerce, nunca está suspendida, y su fuerza no tiene limites; de modo que puede decirse que nada hay tan fecundo como la esterilidad del sacerdote. La fuente

inagotable de la poblacion, no de aquella poblacion precaria, miserable y aun peligrosa, sino de una poblacion sana, opulenta y disponible, es la continencia en el celibato y la castidad en el matrimonio. *El amor es el que une; pero la virtud es la que puebla.* Platon decia: *Hagamos que sean los matrimonios tan ventajosos como pueden ser al estado, y acordémonos que los mas santos son los mas ventajosos;* pues bien, lo que entonces era solo un sueño alegre ha llegado á ser en nuestros dias el estado habitual de toda sociedad humana que ha recibido la ley divina en toda su plenitud, es decir, que se encuentra en ella una fuerza oculta y poderosa en su mas alto grado, que no duerme nunca y que trabaja sin cesar en la santificacion, es decir, en la fecundidad de los matrimonios. Todas las religiones del mundo, aun sin esceptuar el cristianismo separado de la unidad, se detienen á la puerta de la cámara nupcial. Una sola religion entra con los esposos y vela sin cesar sobre ellos. Un espeso velo cubre su accion; mas basta saber lo que es esta religion para saber lo que ella hace. Una gran parte de su inmenso poder se ha trasferido enteramente á la legislacion de los matrimonios; y lo que consigue en este género no es conocido sino del pequeño número de hombres que pueden, que saben, y que quieren absolutamente saber. Ahora bien, decir del ministro célibe de este santo poder *que perjudica á la poblacion*, es lo mismo que decir que el agua perjudica á la vegetacion, porque ni la espiga ni la vid crecen en el agua (73).»

Desarrollemos nosotros esta idea. Se decia de la sangre de los mártires que cuanto mas era derramada, tanto mas, como germen fecundo, producía cristianos para la Iglesia. Podríamos valernos de esta semejanza espresiva para demostrar la fecundidad del celibato eclesiástico, tanto mas redundante y benéfica á la sociedad, cuanto mas se dilata. Los sacerdotes célibes, segun la espresion de S. Pablo, no están divididos entre Dios y las esposas, sino que hechos todos para Dios y todos para el prójimo trabajan como buenos obreros en el cultivo de la viña del Señor. Predican la moralidad y las virtudes, el amor

y respeto que deben profesarse los consortes , la obediencia recíproca en la exigencia del débito conyugal , opónense á la irrupcion del libertinaje corruptor , aconsejan el matrimonio á los jóvenes antes que asome el peligro de la desmoralizacion , y con el arrepentimiento de los que llevaron una vida estragada y con el matrimonio subsecuente , efectos todos de su predicacion evangélica , legitiman y levantan de la degradacion al rango de ciudadanos á tantos hijos que sin conocer á su padre , hubieran perecido en la miseria con gran detrimento de la sociedad. No hay misionero , cura y sacerdote que por este camino no haya dado al estado cien individuos por uno que le haya quitado el celibato eclesiástico. Agréguese que estos ministros evangélicos mantienen la paz en las familias , reaniman á los esposos en las desconfianzas de fidelidad en las esposas , los reconcilian en las discordias para que no se rompa el lazo matrimonial , les quitan el veneno de los celos , impiden los divorcios y trabajan incansablemente para reunir á los ya divorciados.

Fecundo en recursos el celibato eclesiástico , favorece de mil maneras la propagacion de la especie humana. ¿Quién mas que los eclesiásticos célibes se toma el cuidado de los huérfanos , de las viudas , de los enfermos , de los pobres y desvalidos ? ¿Cuántos de estos no perecerian , si fuesen abandonados ó no socorridos con sus intereses que no han de legar á sus esposas , hijos y nietos ! ¿Quién mas que ellos socorre á los padres de familia indigentes y mayormente á los vergonzantes , exhortando pública y privadamente á las personas pudientes á que contribuyan á esta grande obra de caridad , cuando sus facultades no alcanzan ? ¿Quién ha fundado mas monumentos de beneficencia , hospitales , colegios , universidades , etc. , que los eclesiásticos célibes , dotándolos con sus bienes que ni la carne ni la sangre destinaba á ninguna dinastía , ni á familia alguna ? ¿Quién mas que ellos , por no estar absortas sus inclinaciones y cuidados por los objetos de familia , se ha consagrado mas absolutamente á la instruccion gratuita de la ju-

ventud , particularmente de la clase pobre ? En otro capítulo hemos hablado difusamente de los bienes que el clero ha prodigado en todo tiempo á la sociedad en este ramo de instruccion pública , de los establecimientos y corporaciones de célibes regulares que se han fundado para perpetuarla , y de lo que han contribuido á la civilizacion y cultura de las artes el genio inventor del célibe ya secular ya regular por conservar un carácter mas varonil , mas vigoroso , mas capaz de grandes sacrificios y de grandes empresas , un espíritu mas activo , y unas ideas mas enérgicas y valientes , calidades necesarias para emprender largos estudios y meditaciones profundas y continuadas.

Otra ventaja no menos considerable ha provenido y proviene á la sociedad del celibato religioso , y es que ha facilitado á muchas familias el cómodo establecimiento y subsistencia para promover el aumento de la poblacion , que jamás será útil si no está en proporcion de la decente subsistencia en los matrimonios. Pues bien : los religiosos y las vírgenes dejando , al retirarse al claustro y estado de célibes , á sus hermanos y hermanas los bienes que debian pertenecerles , y que repartidos entre todos no bastarian muchas veces para subsistir cómodamente ninguno , les proporcionan medios de subsistencia y de contraer matrimonio mas útil y ventajosamente. Asi es que , consagrándose ellos meritoriamente á Dios , además de los bienes espirituales que traen al mundo , temporalmente tambien ponen á sus hermanos , hermanas y parientes en disposicion de que legítimamente le aumenten en pobladores.

Las pruebas de hecho ponen el sello á la verdad que sostenemos. No entraremos en exámen de las observaciones que el señor Vigil hace sobre los cálculos estadísticos del P. Perrone en favor de la fecundidad del celibato eclesiástico , pues nos parecen de ninguna importancia. Diremos sin embargo que es falso que del método adoptado por dicho padre se saque en consecuencia la proposicion que supone Vigil poderse deducir , á saber ,—la poblacion se aumenta á medida que se disminuye el